

Luego se pasa á las salas de platería, en medio de vasos y estatuas dignos de salones regios, de cubiertos de oro, de brillantes altares, y mil pequeñas maravillas hechas para los grandes capitalistas, pero capaces de despertar la pasión del lujo de la habitación, aun en el alma de un árabe del desierto.

Al llegar á este sitio se siente uno llamado á otra parte por una música extraña, producida por multitud de pájaros mecánicos que silban, gorjean y ejecutan trinos, abriendo el pico y moviendo graciosamente la cabeza y la cola para anunciar la exposición de la relojería, donde están reunidos los mejores trabajos de los cuarenta mil obreros de Besançon, desde el reloj microscópico que puede enviarse á la novia dentro de una carta, hasta las grandes máquinas que dan alegremente la hora de los dulces coloquios, con el ruido de una campana de catedral.

Llegando á cierto punto, se oye un estrépito endiablado de órganos, clarines, violoncellos y trompetas, que hace pensar en una orquesta de locos: es la exposición de instrumentos de música.

Pasamos por las salas de las tapicerías

adornadas de negro, y de repente nos azota la cara un soplo de aire inflamado, la decoración se vuelve de color de fuego, y nos encontramos rodeados de hornos, de hornillos, de chimeneas, de cocinas de gas, de lámparas fotoeléctricas, de caloríferos y de estufas, que extienden en todas direcciones sus enormes brazos negros y dan á la sala la apariencia de una fábrica.

Pero ya sentimos que se nos sube á la cabeza una confusión de perfumes femeninos que ponen á la imaginación en ebullición; un paso más y nos encontraremos en la seductora exposición de la perfumería, brillante con sus infinitos colores, en la cual, cerrando los ojos, se sueña en un minuto con todos los pecados mortales de París.

Los contrastes son frecuentes.

Cuando, por ejemplo, estamos en la sección de *artículos de París*, llena de cajitas, peines, canastillas, estuches y otra infinidad de preciosas bagatelas, que denotan toda la más refinada molición de la vida del lujo, y nos sentimos ya acometidos por deseos de petimetre ó de mujer frívola, una ráfaga de viento del Océano y un coro de voces rudas y siniestras conmueven nuestras

fibras. Entramos en una sala adornada de hilos y cordajes enormes, en medio de los productos de las colonias francesas, entre lanzas y flechas, pájaros raros, bambúes de la Martinica, patas de elefante de la Cochinchina, vegetales del Senegal, trabajos de los deportados de Nueva Caledonia: mil objetos que cuentan historias de fatigas, de dolores y de peligros, que nos hacen salir pensativos y fortificados.

De allí se vuelve á la civilización; una sala donde están las maravillas de la cerámica, produciendo el aspecto de una galería de cuadros, donde vemos á los aficionados sin dinero, que ponen cara de desesperados. Allí hay la variedad y la riqueza de una industria floreciente llena de esperanzas y acariciada por la fortuna; imitaciones de lo antiguo, tradiciones rejuvenecidas y victorias nuevas del arte, como el esmalte sobre fondo de oro, y el rojo maravillosamente obtenido; bustos y estatuas, paisajes, figuritas, flores y retratos de colorido tan fresco y atrevido, que parece de un cuadro al óleo. Las paredes están cubiertas de objetos de barro cocido, de lavas esmaltadas, de altas chimeneas y de todas clases de adornos colosales, que ofrecen á

la nueva cerámica un espléndido porvenir de conquistas sobre la arquitectura, ya inauguradas de hecho en el mismo palacio de la Exposición.

Luego siguen regiones que se atraviesan á la carrera; bosques de láminas erizadas y series de salas en que no se ven más que hilos tejidos, en las que, gracias á la soledad, podemos tomar el paso de un viandante que tiene los huesos quebrantados, hasta que nos detenemos ante la magnificencia de las sederías de todos colores y de todos los dibujos, antiguos y nuevos, algunas de las que tomarán el camino de Oriente, donde se convertirán en caftanes ó en pantalones destinados á las hermosuras del Serrallo. En este sitio comienza la región de las tentaciones para las mujeres. Las más disimuladas no pueden ocultarlo, y son de ver sus lánguidas miradas, y de escuchar sus amorosos suspiros y las exclamaciones de admiración irresistibles que no pueden refrenar delante de los muestrarios. En el salón de los encajes hay el trabajo de quinientas mil manos de mujer; velos y galas dignos de emperatrices y tan ligeros que bastaría soplar por debajo para hacerlos volar; sombrillas y abanicos que parecen

de tela de araña y bordados de hadas, verdaderas pinturas á la aguja, que harían pedir, como un rey de las *Mil y una noches*, la mano de la bordadora, si no fuera por temor de unirse á una maritornes.

Llegamos después á un jardín de Andalucía en los primeros días de Mayo, rodeados de plumas y flores, y un poco más allá nos encontramos en medio de trajes de ambos sexos, de cazador, de amazona, de baile, de baño, de boda y de muerto; para los ministros, los comediantes y los niños; maravillas de elegancia y de gusto, ante las cuales permanecen extasiados los sastres de provincia, inmóviles y con aire de profundo descontento. Hay en este lugar una alcoba misteriosa, de color blanco, rosa y azul, iluminada por vaga indecisa claridad, donde os dislocaríais los brazos á fuerza de abrazar, según son de graciosos y provocativos los corsés de jóvenes, de matronas y de opulentas hembras de treinta años, que revelan los más preciosos secretos de la belleza femenina de todas las edades y complejiones.

Más lejos se ven los abanicos pintados por los artistas célebres, que refrescan la vista y el pensamiento con deliciosos paisa-

jes de los Alpes y del Rhin; después, en un bazar de calzado que recuerda á uno de Stambul, se puede pasar una hora agradable calzando con la imaginación pequeños pies fantásticos de princesas circasianas y de marquesas españolas; siguen los chales dorados de la Compañía de las Indias, las salas de objetos de viaje y de campamento, que exalta la imaginación de los viajeros, y la exposición de juguetes, donde todo se mueve, chilla, canta y alborota de un modo capaz de desesperar á todos los chiquillos del universo. Tal es la profusión de objetos, que raya en espantosa. En la Exposición de los tirantes, hay suficientes para todos los pantalones de Italia, y en la de ligas hay con que proveer de ellas á todos los enamorados de la Frisia para sus regalos de bodas.

Seguimos visitando la larga galería de las artes liberales, adornada con severa sencillez; la sala de las misiones, pasando por entre las bibliotecas, los grandes mapas-mundi y los instrumentos de cirugía y los modelos anatómicos, delante de los cuales están parados algunos visitantes silenciosos que meditan y toman notas.

Estamos en la magnífica exposición de

librería de Francia, que es la primera de todas. Los editores exponen á lo largo de las paredes, como títulos de nobleza, las interminables listas de autores ilustres cuyas obras han publicado; una colección de joyas de Plon, de Didot, de Jouvet y de Hachette anuncia al mundo la unión ansiada y gloriosa del genio de Ariosto y la inspiración de Doré, y las encuadernaciones delicadísimas y magníficas de Rossigneux, á cuya vista se va la mano con viveza al bolsillo y vuelve á subir lentamente á acariciar la barba con resignación.

Proseguimos nuestro camino á través de la brillante exposición de armas y de las salas del cincelado, vasto museo de monumentales relojes de bronce, de estatuas de plata de tamaño natural, de lámparas, candelabros y faroles dignos del vestibulo de un palacio; á lo que sigue, en una doble fila de salones abiertos como los de un teatro, la soberbia exposición del mobiliario, en la que alternan los estrambóticos caprichos de la moda con la corrección de formas del Renacimiento, después de lo cual ya queda solamente la galería de los productos.

Por tanto, caminaréis ya sólo un cuarto de hora de camino por entre los trabajos

ciolópeos de la industria metalúrgica y millares de enormes tubos que tienen toda la apariencia de una gruta de basalto, á través de los bosques de hierro y de cobre y de las innumerables obras de galvanoplastia, sobre las que domina, como una torre, la copa colosal de Doré.

Siguen el museo de estatuas de Christophe, una montaña de pieles, un bosque de plumas, un palacio de coral, productos químicos y... ¿qué sé yo?

Al fin, el cansancio mismo os pone alas en los pies, las salas huyen, los objetos se confunden; si hubiera camino de hierro tomariais el tren, y al llegar al término de la visita, dariais vuestra cabeza por cinco céntimos, con la seguridad de hacer un buen negocio.

* * *

Echemos un sueño sobre uno de los mil divanes del Campo de Marte y volvamos al inmenso *maremágnum* que hemos abandonado. Manifiesto con toda la sencillez posible mis impresiones del primer día. Pues bien; lo que más me maravilla no son los objetos expuestos, sino el arte con que lo están, que es donde hay que admirar ver-

daderamente la inagotable fecundidad de la imaginación humana. La exposición *de los medios de exposición* sería por sí misma una cosa asombrosa. Figuráos unos grandes kioskos de madera esculpida, tan ligeros, que se les creería de papel ó de paja, escaparates que cuestan mil libras esterlinas para la exposición de hilos de Escocia, casas de cristal, arcos de triunfo, enormes armarios que estarían bien en medio de una plaza. Los algodones forman tabernáculos y capillas conmemorativas, los millones de alfileres figuran trofeos, con el lacre se forman murallas y torres tan altas como casas, y los tapices están dispuestos en pirámides que llegan á la bóveda. La glicerina se presenta modelada en bustos de hombres célebres, el jabón fundido en columnas monumentales, de la apariencia del mármol; los tubos de hierro, unidos á manera de tubos de órgano ó pilastras de iglesia gótica; las marmitas afectan la figura de obeliscos egipcios; los cilindros de cobre semejan columnas babilónicas y los hilos telegráficos campanarios. Esta lucha de extravagancias arquitectónicas llega hasta á provocar la risa.

¿Un mercader de telas construye una

torre de percal? Pues un relojero instalado al lado suyo levanta una pirámide con dos mil cajas de relojes de bolsillo; si un holandés presenta un templo de estearina, un francés construye un templo de cristal que cuesta veinticinco mil napoleones. Un perfumista inglés consagra á sus cosméticos y á sus frascos un pequeño palacio; un fabricante parisiense, sólo con sus clavos de cabeza dorada, representa el palacio del Trocadero, con su cúpula, sus galerías y su cascada. Un licorista de Amsterdam construye un altar de catedral con sus botellas, y un perfumista de Rotterdam hace brotar una fuente de agua de Colonia. ¡Todo por atraerse las miradas y el dinero! Añádase á esto una infinidad de medallas de honor y de documentos de todas clases, expuestos por los vendedores, que exhiben hasta las cartas y los retratos de sus parroquianos.

Otros se sirven de medios mecánicos. Los *claks* se alzan y se bajan por sí mismos; pequeñas manos de cera cierran las cartas; los trofeos giran; los autómatas os llaman; las cajas de música os recrean y los expositores os apostrofan para que oigáis sus explicaciones. Hay también colosos para llamar la atención en todas partes.

Aquí es una botella de Champagne suficiente para achispar á un batallón de cazadores; allá un sacacorchos monstruoso, que parece construido para quitar los techos. En la exposición francesa de cuchillería hay un cuchillo adamasquinado tan grande, que á su lado parecen cortaplumitas las mayores *navajas* de España. Hay un tonel francés que contiene cuatrocientos hectolitros, otro húngaro que contiene mil, y el de una fábrica de Champaña aloja cómodamente setenta y cinco mil botellas. Hay espejos de veintisiete metros cuadrados de superficie, grandes ruedas de cincuenta metros, hilos metálicos de veinticinco kilómetros de largo, y, además, el desmesurado martillo de Creuzot, que pesa ochenta mil kilogramos, y el asador de la casa Baudon, que asa á un tiempo veinte carneros.

En seguida pasamos á ver las maravillas de la paciencia humana; cuchillos microscópicos, con sus bellas vainas, que se contienen hasta ciento y pico en un hueso de cereza (!); los tapices orientales de seis mil piezas; la gran caja española hecha de tres millones y medio de trocitos de madera; los tejidos de mantelería de quinientos francos el metro, del que no se hacen más

que cinco centímetros diarios; el servicio de mesa de los Estados Unidos, que ocupó diez y ocho meses á doscientos obreros, y la fuente esculpida, que costó á un aldeano escocés siete años de trabajo; y, por último, las extravagancias y las rarezas del género de la aguja de Emilio Praga, que ya podía haber hecho otro regalo á su querida. ¿Queréis un péndulo que os abanique, un reloj hecho con un tornasol, de donde sale una especie de araña que sujeta á una mosca, un mueble que se transforma en vuestras manos y á vuestro gusto, en billar, en escritorio, en tablero de ajedrez ó en mesa de comedor?, ¿queréis una barca con sus remos, que podéis llevar debajo del brazo hasta el lago de Como?, ¿un portamonedas que dispara pistoletazos?, ¿el mapa de Europa en un pañuelo?, ¿botinas de piel de pescado?, ¿una cama de laca?, ¿una mecedora de cristal?, ¿un violín de mayólica ó un velocípedo de vapor?... Todo lo encontraréis aquí: relojes mágicos, peonzas milagrosas, muñecas que hablan francés, y españolas que enseñan á manejar el abanico... sólo falta aquí la aguja de Emilio Praga.

¡Cuántas cosas bellas... innumerables! No hay medio de amueblar una casa, siguiendo los impulsos de la fantasía, sin gastar un *milloncejo* en un cuarto de hora.

Á cada paso encontramos un mueble que nos encanta y que nos tienta á cometer un desatino; pero al aproximarnos á la tarjeta que indica su precio, después de un *uno* que nos da alguna esperanza, vemos cuatro malditos ceros, que parecen cuatro bocas abiertas que se rien en nuestras barbas. Es un continuo suplicio de Tántalo. No tenemos más que un consuelo: el de que muchas de estas cosas están ya vendidas.

Si habéis puesto los ojos en un maravilloso servicio de mesa de la casa Christophle, que vale cuatrocientos mil francos, ya os lo ha arrebatado el duque de Santoña. La duquesa os ha librado también de la tentación de llevaros un magnífico corte de vestido de Colbert y de Alençon, que hubiera devorado íntegro vuestro corto patrimonio. El gran vaso de malaquita, de la sección rusa, adornado de oro y de tres metros de alto, os lo ha quitado el príncipe Demidoff. El más hermoso par de botinas bordadas que hay en toda la Exposición pertenece á la princesa de Metternich; los dos más her-

mosos manguitos de zorro negro, son de la princesa de Gales, y el emperador de Austria ha puesto su augustó sello en un incomparable cofrecito de plata cincelada, que os hubiera hecho felices. Aún quedan, á pesar de esto, muchas cosas. Me permitiré señalar á las señoras fáciles de contentar, un gracioso velo de encaje de la exposición belga, hecho con un hilo que cuesta á cinco mil escudos cada kilogramo; á los maridos juiciosos, una cama china de palo de rosa con incrustaciones de marfil, que cuesta algo más que una pequeña quinta á orillas del lago de Como. A la puerta de la alcoba se podrían colocar dos portiers de seda, bordados de oro, cuyo precio en la exposición austriaca es de cuatro mil ochocientos duros. Es muy cómodo poder comprar de una vez salas y habitaciones enteras, de todos los estilos y países, con gran economía de tiempo y de trabajo. Hay también cosas admirables para las fortunas modestas, como, por ejemplo, el zafiro de Rouvenat, rodeado de diamantes, que podría comprarse por millón y medio; y, regateando un poco, se podría conseguir á un precio razonable un curiosísimo diamante tallado en forma de farol de gas, y monta-

do sobre un candelabro microscópico de oro, que es una verdadera maravilla.

La primera vez, todo esto trastorna un poco la cabeza, pero en seguida se encoge uno de hombros y se marcha diciendo: ¡Bagatelas! ¡tonterías! con toda la indiferencia de un gran... embustero.

*
*
*

Y vamos á ver la exposición de productos alimenticios, menos peligrosa para la fantasía; un paseo de una milla ó poco menos. Cerrad los ojos, coged la cabeza entre las manos, y procurad figuráos todo lo más extraño y lo más raro que un hombre puede introducir en el cuerpo sin riesgo de su vida; aquí hay de todo. Podéis beber por quince céntimos un vaso de cada uno de los catorce manantiales de aguas minerales de Francia, ó un vaso de agua de las Termópilas en la sección griega, ó cerveza de Dinamarca que dió la vuelta al mundo; pero si preferís los vinos, hay Champagne que se hace á vuestra vista, todos los vinos de España, en pequeñas botellas de media peseta, que os vende una hermosa muchacha de Jerez; y vinos de Oporto y de Ma-

dera embotellados en 1792, á cien pesetas la botella, acompañada de documentos históricos «debidamente legalizados». Y si el vino de ochenta y seis años os pareciese demasiado joven, encontráis en la sección francesa, en medio de un círculo de hermanas nonagenarias, una botella de vino del Jura, de 1774, coronada de siemprevivas, al precio que ajustéis. Encontráis el kiosko de los vinos de Sicilia y de Guiro; todos los vinos de Australia en la cabaña de minero erigida por el Gobierno de Melbourne; y en la sección de las colonias inglesas, el misterioso vino de Constanza, del Cabo de Buena Esperanza, y el enigmático vino del ermitaño de la Nueva Gales, hecho con pasas. Tenéis vino de Schiraz en la sección de Persia, vino de Corinto al lado del agua de las Termópilas y podéis gustar un *tokay* exquisito en la hostería rústica de Hungría, al son de una música de zingaros.

En lo tocante á comer, no hay más que pedir. En los pabellones de las colonias francesas, una criolla os sirve piñas, una mulata plátanos, y un negro vainilla. Podéis comer mermelada del Canadá y ablandar en un vaso del famoso San Huberto de Victoria, galletas que han atravesado el

Atlántico. Podéis elegir entre célebres pescados de Noruega y los famosos cerdos de Chicago. Podéis hacer otra cosa mejor: tomar un pedazo de carne cruda venida del Uruguay, pero tan fresca y sangrienta, que parece muerta por la mañana, y asarla en el espejo ustorio de la Universidad de Tours, en la galería de artes liberales de Francia. Después vienen los modestos bodegones holandeses, americanos, ingleses y españoles. Tenéis á vuestro servicio cien hermosas muchachas vestidas de blanco y de negro, en un monumental *bouillon Duvall*, que parece un templo de la India. Si vuestro flaco es Rusia, podéis ir á la fonda rusa, en la que algunas manecitas polacas, moseovitas, armenias ó caucasianas, os servirán el verdadero *kumysy*, venido de las estepas del Ural, el agua higiénica del Neva ó la *colebiaka* de hierbas y pescado, ó cualquier otro pastel ruso-turco, sazonado con vino de Chipre. Para postres, Francia lo ofrece el palacio de Fontainebleau, catedrales góticas de azúcar y preciosísimos ramos de rosas y violetas, que parecen cogidas una hora antes. Después de comer, recibís el café *gratis* de la República de Guatemala, si es que no preferís el esco-

gido y triturado por las negras de Venezuela.

Luego, como *rincette*, podéis saborear un *bitter* de nueva invención que os sirve una suiza con el traje de Berna, á la sombra de un elegante kiosko, ó ir al kiosko holandés, donde tres bellas frisonas coloradas, con su casco dorado, os hacen tomar curaço ó *schidan*, ó bien arriesgaros á probar el licor de higos en el pabellón de Marruecos, amenizado por los chirridos de tres músicos, uno de los cuales pesa ciento noventa kilogramos, con el estómago vacío, ó poneros en los labios un cigarro de nuevo género, que en lugar de una nubecilla de humo, derrama en vuestra boca un sorbito de coñac.

¿No tenéis bastante? ¿Se os antoja fumar? Pues aquí tenéis los envenenados cigarros de la República de Andorra y la magnífica exposición de los cigarros de Cuba, de todos los tamaños y formas, dorados, blasonados y de fragancia, verdaderas obritas de arte, en gran profusión, delante de los cuales pasa el fumador italiano «gimiendo y llorando».

Toda esta doble galería de los productos alimenticios es admirable por su variedad

y su riqueza. Es una arquitectura interminable de botellas que se levantan en forma de torres, de escaleras de caracol y en gradas multicolores y brillantes; una multitud de espléndidos templetos de oro y de cristal, que podrían cubrir estatuas de númenes y cubren tocino salado; una magnificencia de teatrinos, de altares, de tronos, de bibliotecas llenas de golosinas, tan graciosamente dispuestas y adornadas, que el gran pintor de las *Halles de París* podría sacar de ellas un cuadro maravilloso para una de sus futuras novelas.

*
*
*

El espectáculo más hermoso es el que ofrece la concurrencia. Á ciertas horas, el recinto de la Exposición está más poblado que el de muchas grandes ciudades. Los visitantes entran por veinte puertas. Las erujías, los vestibulos, las galerías, los pasillos transversales y el infinito laberinto de las salas del Campo de Marte, es un negro hormiguero en que hay que cuidar de no perderse, especialmente en las secciones extranjeras, donde los vendedores constituyen por sí solos una especie de exposi-

ción antropológica deleitabilísima. Hay un gran número de hermosas jóvenes inglesas que trabajan en sus registros, atentas é impasibles, como si estuvieran en su propia casa.

Los japoneses, vestidos á la europea, charlan y juegan alegres, quizá con alguna ostentación para darse el aire de personas que se encuentran muy bien en el sitio que ocupan en el corazón de la civilización occidental; y han tomado tan bien el aire de la casa, que casi nadie los mira. Los chinos, por el contrario, tienen siempre á su alrededor un círculo de curiosos, á los que dirigen de vez en cuando una mirada despreciativa, que revela como un relámpago el orgullo de su raza, y en seguida vuelven á su impasibilidad de ídolos, de la que sólo los arranca la voz de los compradores.

Se ven mercaderes orientales con turbante, arrastrando sus babuchas en medio de todas aquellas maravillas, mirando perezosamente en torno suyo con la misma estupidez é irritante indiferencia que si se encontrasen en las viejas barracas de sus bazares. De cuando en cuando se encuentra á tres ó cuatro estáticos delante de una caricatura ó de un arlequin que abre los

brazos. Hay también muchos argelinos, árabes, moros y negros. Encontramos grupos de spahis, envueltos en sus grandes jaiques blancos, pero ya no tienen la cara jactanciosa como en 1859. Ya no brilla en sus grandes ojos negros el orgullo del antiguo ejército de África.

¡Cómo cambia los semblantes una guerra perdida!

A un lado y á otro se ven algunos rostros cobrizos y algunos arlequinescos vestidos de los pueblos que confinan con la China; y además hay una multitud inmóvil y muda de gente de todos los países, que produce una impresión extraña. A cada paso os codeáis con alguno que os parece una persona viva y es un gran maniquí completamente pintado y vestido, que os hace quedar con la boca abierta. Hay aquí salvajes del Perú, indígenas de Australia con sus grandes cabelleras lanudas, guerreros de la Edad Media, damas con traje de ceremonia, soldados italianos, aldeanas de Dinamarca, lavanderas, malayos, guardias civiles de España, anamitas, indios y cafres, y hotentotes que se os detienen delante, de repente, fijando en vuestra cara sus ojos soñolientos como fantasmas.

El espectáculo resulta todavía más variado y alegre, por el gran número de señoras que circulan en sillones de ruedas ó en carritos de mimbre, tirados por un criado, empujados por detrás por el marido, y rodeados de niños; matronas poderosas cuyas rotundidades rebasan por todas partes fuera del pequeño vehículo, larguissimas jóvenes inglesas que van completamente en cuclillas, con las rodillas huesosas tocando á la barba; señorones decrepitos que gozan allí probablemente el último placer de la vida; nobles viejas paralíticas y niños maravillosamente rubios y colorados de los pueblos del Norte, que forman todos juntos en aquel laberinto de las calles, flanqueadas por casas de cristal, una especie de carnaval digno del lápiz de Cham.

En la calle de las Naciones muchos toman un bocado sobre las rodillas, como en viaje, y los niños van á buscar agua á las fuentes del Japón ó de Italia; otros van andando y comiendo pan y jamón; algunos matrimonios duermen tranquilamente en los bancos en medio de la turba, y otras parejas que han llevado su amor á la Exposición, aprovechan los asientos que están cerca para hacerse alguna caricia de contrabando.

Es, además, una diversión estudiar en las salas los variados tipos de los visitantes. Los hay que parecen caballos desbocados y corren de aquí para allá sin ver maldita la cosa, dominados por una especie de exaltación febril; y hay visitantes cachazudos que han formado su programa, que dan un paso cada cuarto de hora, meditan sobre sus catálogos, miran, tocan y discuten sobre la menor cosa, y emplean, probablemente, seis meses en dar la vuelta al Campo de Marte. Entre los expositores se distinguen los rostros radiantes de los dichosos que han alcanzado gloria ó fortuna, entronizados en sus asientos entre la multitud de curiosos y compradores, y pobres olvidados sentados en bancos solitarios con la cabeza baja y la cara melancólica, meditando sobre sus esperanzas perdidas.

En las últimas salas, los divanes están ocupados por los visitantes cansados. Se ven familias enteras de inocentes provincianos rendidos, aturridos, estupefactos; los papás bañados en sudor, las mamás sofocadas, las niñas decaídas y los chiquillos muertos de sueño, dan gana de que se les pregunte: Desgraciados, ¿quién os ha aconsejado que viniérais á la Exposición?

La mayor concurrencia está bajo los grandes arcos de las Bellas Artes y en el pabellón de la vida de París, que ostenta sus seis fachadas empavesadas en medio del Campo de Marte. Allí es el cuartel general del «Estado Mayor» de la Exposición. Aquí se cruzan los artistas y los comisarios de todos los países, los obreros se reúnen y se reparten, los críticos hienden el aire con gestos magistrales, los periodistas toman apuntes, los dibujantes esbozan, las discusiones hierven, los curiosos buscan las caras de los hombres ilustres, los recién llegados se encuentran y las celebridades de la Exposición pasan recibiendo felicitaciones y saludos.

He aquí, por ejemplo, á M. Hardy, el arquitecto del palacio del Campo de Marte; á M. Duval, director de los trabajos hidráulicos; y á los señores Bourdais y Davioud, arquitectos del palacio del Trocadero. Si, por casualidad, tenéis cara un poco extraordinaria y dos amigos á vuestro lado que os hablen con muestras de respeto, podéis pasar fácilmente por algún príncipe ó rey que visita la Exposición de riguroso incógnito, y oír en torno vuestro un sordo murmullo de antesala de corte. Hay aquí con qué sa-

ciar todos los gustos, satisfacer todas las necesidades y reparar todos los accidentes. Podéis telegrafiar á vuestra casa, escribir vuestras cartas, bañaros, recibir de cuando en cuando una sacudida eléctrica, haceros pesar, conducir, fotografiar, perfumar y curar; aquí hay puestos de bomberos, cuerpos de guardia, farmacias y enfermerías; no falta más que el Camposanto.

A horas fijas hay conferencias y experimentos científicos, á los que acuden turbas de gente llenas de ansiedad. Aquí, en la sección francesa, se comunican al público las obras de la biblioteca del cuerpo docente; más allá un profesor explica los modelos anatómicos; en la sección rusa se hace el experimento del paso del aire á través de los muros; un médico americano hace funcionar los instrumentos quirúrgicos y un dentista verifica la extracción de las muelas careadas por medio del instrumento movido por el vapor.

Se puede presenciar la fabricación de los cigarrillos franceses, ver hacer el papel de la fábrica Darblay, las experiencias de la luz eléctrica en el pabellón ruso y las de calefacción y alumbrado en el parque del Campo de Marte. Otros van á ver la prue-

ba del teléfono Bell, el aparato telegráfico que transmite por un solo hilo doscientos cincuenta despachos por hora, ó el semáforo de nuestro Pellegrino, ó van á leer los antiguos procesos por hechicería expuestos en el pabellón del Ministerio del Interior de Francia. Entre tanto, los profesores explican nuevos métodos de enseñanza, los inventores de cualquier cosa reúnen en torno suyo un círculo de oyentes, todas las nuevas máquinas están en movimiento, los álbums colosales se abren, despléganse las cartas geográficas, giran los mapa-mundi y suenan mil instrumentos; en todas partes hay un espectáculo, una escuela ó una conferencia, y la Exposición se convierte en un Ateneo Internacional, en el que se da por una peseta todo el saber humano.

*
* *

Lo que atrae más gente, cualquiera que sea la hora, es la exposición de Bellas Artes; pero casi me falta valor para haceros entrar en ella. Me consuela tan sólo la idea de no tener que manifestar más que las confusas impresiones de la primera visita.

Hay diez y siete pinacotecas en una su-